



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

De la ratificación de la diferencia a las apariencias de la inclusión:

Fiesta Cívica en Santiago de Chile, 1810-1843.

Sara Acuña Avalos
Licenciada Historia UDP
Magíster © en Historia,
Universidad de Chile.

El fenómeno de la fiesta cívica debe ser entendido dentro de los marcos de una exploración concentrada en torno a la construcción de la nación durante y después del proceso independentista, con especial énfasis en los primeros años de vida republicana. Este fenómeno es característico a prácticamente toda Hispanoamérica, donde una vez lograda la emancipación con respecto al régimen español se inició la redefinición política y económica, pero también social y cultural de las antiguas colonias. Como indica F.X. Guerra, las revoluciones de independencia implicaron no solamente cambios institucionales, sino que también una redefinición de los actores, de la sociedad y de toda una cultura política, en un contexto de avances y retrocesos, cambios y continuidades, que hace que los historiadores se cuestionen hoy en día la posibilidad de estudiar y entender el fenómeno de manera lineal¹. Asimismo, las formas de acercarse a la comprensión de ese pasado han variado desde el estudio de las grandes estructuras que rigen sobre una colectividad hacia fenómenos más específicos, que nos permiten comprender los conflictos desde una nueva dimensión y especialmente reconocer el valor de los individuos que conforman estos grupos, de cuya adhesión y cohesión dependía, finalmente, el éxito o fracaso de los nuevos Estados.

¹ Lo que señala Guerra remite fundamentalmente a que la complejidad del fenómeno impide que su revisión se reduzca sólo a considerar los cambios institucionales, económicos y políticos, porque se deja de lado “el rasgo más evidente de aquella época: la conciencia que tienen los actores, y que todas las fuentes reflejan, de abordar una nueva era, de estar fundando un hombre nuevo, una nueva sociedad y una nueva política”. Guerra, Francois Xavier (compilador) **Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas**. Editorial MAPFRE, Fondo de Cultura Económica, México 1992, p.13.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Entre los nuevos problemas que hoy en día se están debatiendo – el concepto de ciudadano y representatividad, sociabilidad, formación de una esfera pública, influencia de la iconografía, creación de los nuevos imaginarios – la fiesta cívica aparece como un área de gran interés, especialmente considerando que ella permite reconocer el funcionamiento interno de una sociedad: las jerarquías y las diferencias de clase, la concepción del poder de los diversos grupos, las diferentes formas de representar y entender la convivencia. Como “tradición inventada” será una práctica gobernada por una serie de reglas de tipo simbólico, que buscará inculcar valores o normas de comportamiento a través de su repetición². En el caso chileno, y en particular de Santiago, la fiesta cívica nacional va a nacer tempranamente desde dictámenes y disposiciones legales adoptadas por el nuevo gobierno, convirtiéndose en uno de los medios a través de los cuales el Estado va a crear a la nación, pero irá variando sustancialmente desde su planteamiento inicial dándonos pistas respecto a cómo se da forma a la comunidad imaginada. La historiografía ha tomado, por lo general, dos formas de entender el desarrollo de las festividades durante los inicios del Chile republicano: por un lado, la lectura feliz de una institucionalidad triunfante y de un pueblo que, dichoso, celebra la gran obra de sus autoridades; mientras que por otro lado, se observa cómo la elite dirigente habría disciplinado a los grupos populares imponiéndole sus propios valores y normas culturales: la compostura, el atavío, y el gusto por los lugares cerrados y vigilados, negando y censurando la dinámica festiva propia del pueblo³. Sin embargo, la documentación de la época, especialmente los

² Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (comps), **La Invención de la Tradición**, Barcelona: Editorial Crítica, 2002. p.8

³ Existen diversas lecturas respecto a las fiestas cívicas republicanas en Chile, pero pocos estudios dedicados específicamente a ellas. Dos casos extremos son representados por Isabel Cruz y María Angélica Illanes. Para la primera, la fiesta republicana nacional era la continuación de la fiesta tradicional colonial, ya sea religiosa o civil, que acontecían como manifestación sagrada de la trascendencia humana. El espacio festivo para Cruz es un espacio de metamorfosis de lo cotidiano, pero también de convergencia y equilibrio, no de inversión ni de trasgresión, y por tanto, una instancia carente de conflicto. Por el lado contrario, María Angélica Illanes entiende las fiestas cívicas como la negación de la fiesta popular, en



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

periódicos y las actas del cabildo y la Intendencia de Santiago, nos llevan a descubrir que la construcción de la nación y de la cultura oficial no fue una imposición vertical, por cuanto la fiesta como práctica y manifestación de esa construcción, contiene elementos que son ajenos al planteamiento inicial, es decir, elementos alternativos, disidentes o incluso contrarios a lo que desde la elite dirigente se postulaba como ideal. La incorporación dentro de la fiesta cívica oficial y nacional de elementos y prácticas provenientes desde el mundo y la cultura popular, va a demostrar que dentro del proceso de construcción de la nación y del imaginario nacional la elite dirigente va a generar un discurso capaz de aparentar la inclusión, en la medida en que sea capaz de negociar con las mayorías los significados y sentidos de la fiesta. Así, la fiesta se convierte en un marco de excepciones temporales y simbólicas donde se idealizan los alcances y significaciones de la ruptura con el imperio español, proponiendo este quiebre como si fuese el momento fundacional de un nuevo proyecto, integrador e incluyente, y donde a la vez es posible experimentar, de manera excepcional, relaciones de horizontalidad de la comunidad imaginada de Anderson, diferentes a las establecidas en el ámbito cotidiano⁴. El orden social tradicional, que se mantiene como elemento de continuidad del periodo colonial, y que difiere radicalmente de los discursos y promesas que movilizaron la revolución por la independencia, se va a diluir

tanto funcionaría como un medio de disciplinamiento y censura de la elite gubernamental sobre el pueblo, a los que se les impondría un comportamiento centrado en la compostura y el atavío. Ver Cruz, Isabel. *Arte y Sociedad en Chile, 1650-1820. La Fiesta: Metamorfosis de lo Cotidiano*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995; e Illanes, María Angélica. *Censura, Desacato y Simulacro. Expansión e implosión cultural en Chile Republicano, 1800- 1900*. En: **Chile Des-centrado. Formación sociocultural republicana y transición capitalista 1810-1910**. Santiago: LOM, 2003. p. 91-122.

⁴ La nación es definida por Benedict Anderson como una “comunidad imaginada como inherentemente limitada y soberana”, en tanto que a pesar de la desigualdad y explotación existentes, “la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal”. Anderson, Benedict. **Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión de nacionalismo**. México: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2000; p.23-25.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

en la medida en que este momento emblemático ayude a disipar las diferencias y a generar las apariencias del consenso y de la inclusión social y cultural⁵.

La fiesta cívica nacional obedece tanto a la subversión de las fiestas oficiales del periodo colonial como a la integración de nuevas dinámicas festivas introducidas a imitación del modelo revolucionario francés⁶. Subversión, por cuanto buscan alejarse de las fiestas civiles españolas que apuntaban específicamente a ratificar las diferencias sociales en una sociedad rígidamente estratificada, aunque a la vez lo hagan utilizando los mismos espacios a los que dota de nuevos significados. Así, va a tener su ceremonia principal en la Plaza Mayor o Plaza de Armas, y va a contener elementos barrocos que apelan a los sentidos –el uso de fuegos artificiales, la construcción de escenarios, la decoración llamativa, el uso de iluminaciones- pero también neoclásicos, que apelan a la racionalidad: esculturas de forma femenina,

⁵ Existen múltiples y variadas lecturas del fenómeno de la Independencia, pero su proyección en el corto y mediano plazo no ha sido tratada debidamente por la historiografía. La historiografía de raíz liberal interpreta la independencia como una ruptura del imperio español, mientras la de raíz conservadora, desarrollada durante el siglo XX, reconoce más elementos de continuidad con la metrópolis que de cambio. Sin embargo, se observa que el proceso de la Independencia y la instalación de la República posee elementos tanto de continuidad como de cambio: efectivamente se introducen nuevas ideas y se forman nuevas instituciones, pero también se mantienen viejas costumbres y un orden social rígidamente estratificado. El trabajo de Alfredo Jocelyn Holt resulta interesante para comprender tanto los antecedentes como las proyecciones inmediatas de la independencia, así como también para reconocer el rol de la elite dentro del proceso. Jocelyn-Holt, Alfredo. **La independencia de Chile. Tradición, Modernización y mito**. Santiago: Ediciones Planeta/ Ariel, 3º Edición, 2001. Otros trabajos interesantes que reconocen la problemática derivada de la independencia son Lynch, John, **Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826**. Barcelona: Ariel, 7º edición, 1998; Collier, Simon. **Ideas y Política de la Independencia de Chile**. Chile: Editorial Andrés Bello, 1977. Un trabajo clásico representante de la escuela conservadora es el de Mario Góngora, **Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile**, donde se plantea al Estado como creador de la nación a través de diversos medios, principalmente de los acontecimientos bélicos. Sin embargo, este trabajo no problematiza demasiado respecto al periodo posterior a la independencia, y no considera los alcances o limitaciones de su planteamiento en términos sociales o culturales. Góngora, Mario. **Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile**. Chile: Editorial Universitaria, 2003.

⁶ Durante el régimen español las fiestas civiles apuntaban específicamente a ratificar las diferencias sociales, en una sociedad rígidamente estratificada. Jaime Valenzuela aplica el concepto de “liturgias del poder” para resumir un sistema festivo que legitima la autoridad del sistema monárquico y le da presencia simbólica a un rey desconocido físicamente en las colonias hispanoamericanas. Los actores de estas ceremonias eran aquellos que detentaban el poder, como los funcionarios peninsulares, los representantes del clero y los vecinos más ilustres, los cuales siempre aparecían cercanos a los símbolos del poder, como el Estandarte Real, representativo del rey. Ver Valenzuela, Jaime. **Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)**. Santiago: Centro de Investigaciones Barros Arana-DIBAM, LOM Editores, 2001 y Cruz, Isabel, op.cit.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

obeliscos, pirámides, inscripciones y textos, ubicados en las fachadas de los principales edificios públicos, a lo que se suma el uso de la iconografía republicana⁷. La temprana preocupación de las autoridades por crear un calendario cívico se refleja en el establecimiento de una legislación adecuada en 1818 y 1821 para regular los marcos de las fiestas del 12 de febrero y 18 de septiembre, en las cuales el principal interés del Estado será el de plantearlas como instancias de pedagogía cívica⁸. El espacio abierto permite que el ritual sea accesible a la generalidad de la población, lo que además permitirá proyectarla como la instancia propicia para difundir y transmitir valores, modelos de virtudes y referentes comunes a la población, especialmente de fechas, personajes y momentos históricos clave⁹. A partir de ahí surge un elemento interesante que es igualmente proyectado desde estas primeras fiestas cívicas: la referencia a los araucanos, a quienes se postula como dueños originales de una patria reconquistada recientemente y cuya soberanía se restituye *en* los patriotas, no *con* los patriotas, convirtiéndose estos últimos en los depositarios finales de la legitimidad. Este sentido reivindicativo, sin embargo, no deja de ser meramente retórico en tanto no se menciona, en ninguna descripción, la presencia de ninguna etnia en la ceremonia, a la vez que no deja de llamar la atención cómo ya desde este momento

⁷ La preocupación por adornar espacios públicos como la Plaza Mayor es característico de esta primera etapa de las fiestas republicanas. Ver, por ejemplo, la fiesta de septiembre de 1819 descrita en **El Telégrafo** n°39, 8 de octubre de 1819. Imprenta del Gobierno.

⁸ La legislación fue establecida en 1818 en relación a la fiesta del 12 de febrero, considerada como el doble aniversario de la batalla de Chacabuco y de la Jura de la Independencia, y fue ratificada en 1821 en el “Reglamento para solemnizar el Aniversario de la Declaración de la Independencia”. En ambos casos lo que se establecía se asemejaba en ciertos elementos con las fiestas coloniales: salvas de artillería, paseo de una comitiva de funcionarios públicos, tablado en la Plaza Mayor, fuegos artificiales y misas, a los que agregaban elementos de cuño francés como la enarbolación de banderas y de otros símbolos alegóricos de la libertad, como pirámides y arcos triunfales. Además, se establece el cierre de las oficinas estatales y el uso obligatorio de escarapelas tricolores. Ver **Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno de Chile (BLD)**, 1817-1818. Imprenta Nacional, Chile 1898, p.246 y **BLD**, 1821-1822, Imprenta Nacional, Chile, 1901, p. 12-14.

⁹ Las fechas conmemorativas servían no sólo para transmitir determinados valores, sino que también para transmitir un mensaje histórico, una serie de referencias comunes que difícilmente, durante este periodo, podían ser transmitidas en las aulas de clases. Sobre esta y otras instancias de pedagogía cívica, ver Harwich, Nikita, *La Historia Patria*. En Guerra, Francois Xavier y Annino, Antonio (coordinadores). **Inventando la Nación**. México: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 533-549.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

emblemático el elemento indígena es reconocido como referente, pero no incorporado dentro de los marcos de lo nacional.

En 1830 la fiesta cívica va a abandonar su vertiente pedagógica para convertirse en una fiesta popular, gracias a la incorporación estratégica de nuevas dinámicas festivas dentro de la lógica oficial, en particular, de la ramada, que se volverá elemento constitutivo de una nueva fiesta nacional que busca generar una imagen de consenso sobre un grupo social que empieza a cuestionar y a oponerse a las políticas de la elite. El ascenso al poder de una tendencia más “conservadora” o autoritaria da cauce a un proceso amplio de reorganización institucional, constitucional, política y económica, que estabiliza las finanzas y afianza al aparato estatal. Sin embargo, en términos concretos, la Constitución de 1833, como gran obra que va a definir el periodo, no significó una integración significativa en la medida en que la ciudadanía será desplazada por el establecimiento de un derecho a voto censitario y que el sistema económico, que aunque cada vez obedecía más al modelo capitalista, generaba un sistema de relaciones laborales de subordinación que incluso parecía mantener un elemento de servidumbre¹⁰. En este contexto de ratificación del ordenamiento social tradicional, la fiesta cívica se volvió una preocupación especial por parte del Estado, que vio en ella la posibilidad de fortalecer el sentido de nacionalidad y de apoyo al Gobierno. Además de aumentar considerablemente su presupuesto, pasando de alrededor de 300 pesos a 1500 pesos, incluso en año de guerra¹¹, a la celebración oficial en la Plaza Mayor se anexó una fiesta popular, pero oficial, en un espacio conocido como La Pampilla, una explanada ubicada al sur de la ciudad a la que asistía la población en masa, durante los tres o más días de

¹⁰ Lynch, John. Op.cit, p.153-154.

¹¹ En 1827 el gasto destinado a la celebración del 18 de septiembre fue de 232 pesos. En agosto de 1838, durante el desarrollo de la Guerra contra la Confederación Perú Boliviana, el Cabildo aprobó un presupuesto de \$1500 pesos a ocuparse en adornos, fuegos artificiales y otras materias. Ver las referencias en el Archivo Histórico Nacional, fondo **Cabildo de Santiago**, volumen 87, foja 182, “Cuenta de gastos Fiesta 18 de septiembre de 1827”.y volumen 110; foja 306; Acta 28 de agosto de 1838, respectivamente.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

celebración que durante el mes de septiembre se disponían por la autoridad y adonde la población llegaba a bailar, comer, tocar y escuchar música, participar en juegos y carreras de caballos y observar a las Guardias Cívicas y al Ejército formarse y ejecutar simulacros de guerra. La concurrencia, a pie, a caballo o en carruaje, según fuera su extracción social, pasaba a ocupar el mismo espacio en común y a presenciar la misma ceremonia en la Pampilla que, vaciada de los elementos conmemorativos como las inscripciones o los obeliscos, se convertía en un espacio apto para reescribir y replantear lo nacional como esfuerzo estatal de simbolizar los consensos y ampliar los márgenes de lo que se incluía en él.

La anexión de espacios de sociabilidad popular como las ramadas es significativo por cuanto estas construcciones precarias levantadas con fines específicos, como los fines de semana o con ocasión de celebrar fiestas religiosas, fueron prohibidas reiteradamente a razón de que causaban desordenes y propiciaban el vicio y el abandono del trabajo. Sin embargo, desde 1830 en adelante las autoridades empezaron a rematar zonas en la misma Pampilla para que quien quisiese instalara ramadas o escenarios y dispusiera en ellos de juegos y ventas por hasta cinco días, sin que por ello aumentara la fiscalización interna de las mismas. De hecho, tanto durante los días de fiesta cívica como los posteriores, la policía también disfrutaba de la fiesta y no trabajaba persiguiendo las posibles infracciones que, en días comunes y corrientes, sí se cometían. Así, la incorporación de la ramada no solamente garantizó una presencia masiva a la fiesta, sino que también permitió que la misma se convirtiera en una segunda forma de vida del pueblo, como plantearía Bajtin respecto a la fiesta popular, donde se penetra “temporalmente en el reino utópico de la universalidad, de la libertad, de la igualdad y de la abundancia”¹². Al insertar esta

¹² Bajtin, Mijail. **La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais**. España: Alianza Editorial, 2º reimpresión, 2002; p.14-15.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

forma tradicional de entender y promover la fiesta popular, dentro del marco moderno de la fiesta oficial nacional, la fiesta adquiere un nuevo sentido, en el que excepcionalmente las jerarquías sociales son eliminadas y se recrean las apariencias del consenso y la unidad nacionales, lo que no deja de ser conflictivo. Al respecto, la prensa oficialista señalaba, en 1840, que la fiesta cívica funcionaba como un “verdadero teatro de concordia donde no impera otro sentimiento que el regocijo público, y se pierden los distintivos de la riqueza y de nacimiento”¹³, a lo que la prensa de oposición, especialmente *El Valdiviano Federal*, redactado por José Miguel Infante, respondía argumentando que la alta convocatoria de La Pampilla no hacía más que demostrar las injusticias e inequidades sociales que aún existían en Chile, “La reunión de la Pampilla fue numerosa y festiva, ¿y cuándo han dejado de serlo las que presentan al pueblo ocasión de holgarse, cualquiera que sea el motivo y el objeto? (...) Conocemos la necesidad que hay de asignar al pueblo llano días de holgura, en que se mitigue su dura suerte”¹⁴. La existencia efímera de la fiesta, por tanto, era entendida como una distracción que buscaba reemplazar los verdaderos goces y derechos sociales, contribuyendo a desmoralizar al hombre esclavizado. La posición de Infante refleja, sin duda, como los contemporáneos más críticos del régimen cuestionaron la efectividad y las motivaciones existentes tras el interés del oficialismo y cómo en adelante surgirán textos polémicos que llevarán la reflexión hacia el cuestionamiento del Estado y la clase dirigente. Cuando las aporías de la nación se hacen evidentes, la fiesta puede perder sus cualidades encubridoras y de aparente inclusión. O viceversa, puede ganar nuevas formas, contenido y mensajes que maquillen aún más la segregación.

¹³ **El Araucano**, n°527, 2 octubre 1840. Imprenta y Litografía del Estado.

¹⁴ **El Valdiviano Federal**, n° 139, 1 de febrero de 1839. Imprenta de la Federación.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Nos encontramos, entonces, no frente a una elite que se impone sobre un grupo de subordinados, sino sobre una elite que mantiene su hegemonía en la medida en que es capaz de generar un discurso que permita recrear la inclusión que discutimos. El pueblo mantuvo sus formas de diversión tradicionales y de la dificultad de controlarlos se pasa a la necesidad de incorporarlas dentro del marco de lo nacional. Esta negociación, donde lo disidente o lo alternativo pasa a ser asumido por lo dominante y a la vez lo dominante debe ser replanteado es parte de lo que Raymond Williams va a identificar como un proceso hegemónico, el cual “debe estar en un estado especialmente alerta y receptivo hacia las alternativas y la oposición que cuestiona o amenaza su dominación. La realidad del proceso cultural debe incluir siempre los esfuerzos y contribuciones de los que de un modo u otro se hallan fuera o al margen de la hegemonía específica”¹⁵. La generación de un marco de referencias comunes a toda la población no implica la imposición de significados o valores de clase, sino la incorporación estratégica y simbólica del otro. Estrategia, porque una imagen consensuada de nación ayuda a la consolidación del aparato estatal; simbólica, porque la inclusión es momentánea, excepcional, y a final de cuentas, simulada, porque no hay integración social más allá de ese momento. Esto, sin duda, porta una contradicción intrínseca: lo que se crea es, finalmente, un espacio ficticio, que al ser excepcional y momentáneo dejará en evidencia un vacío que, tarde o temprano, será descubierto y cuestionado. La nación, que es reflejo y parte de este proceso hegemónico, es un centro de conflictos que al menos durante el siglo XIX va a requerir diversas modificaciones, según las variaciones del contexto: las migraciones campo ciudad, la llegada de inmigrantes extranjeros, los conflictos bélicos, tanto

¹⁵ Williams, Raymond. **Marxismo y literatura**. Barcelona: Península, 1997, p.135.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

civiles, internacionales e interétnicos, demandan a la elite dirigente mantenerse permanentemente en atención, reconstruyendo discursos y dinámicas.

Cabe preguntarse entonces hasta qué punto esta negociación simbólica, temporal y momentánea tiene implicancias a nivel más amplio, en otro espectro de situaciones. ¿Hasta qué punto, no sólo la fiesta, sino que la nación apela a generar las apariencias de la inclusión? ¿Hasta dónde, hasta cuándo, cómo y por qué razones lo nacional se convierte en argumento que ficcionaliza el consenso, pero que sirve efectivamente para aglutinar y movilizar en torno a fines comunes? Llevando más allá el argumento y la idea de negociación, el concepto de hegemonía puede incluso ser aplicado para releer lo que la historiográfica ha calificado de meramente impositivo y represivo, particularmente en el ámbito político y cultural durante el siglo XIX, quizás incluso más allá del ámbito de lo nacional. Por ahora, queda manifestada que la relación entre grupos sociales y poder político implica, según lo planteado hasta aquí, la posibilidad de una negociación que establece los márgenes de la nacionalidad y la integración social, que aunque obtenga un resultado paradójico, aparecerá como una solución viable durante los primeros años de vida independiente. El problema es hasta dónde y por cuánto tiempo.